



tal traía su vestido negro, tocas blancas, y calados los anteojos perdurables, que siempre usaba por la mucha cortedad de vista que tenía: el silencio y gravedad con que se caminaba en esta ceremonia, casi hiciera creer al bachiller empezaban allí las burlas que él temía, si no se le divertiera la imaginación con otras cosas. La dueña con una desdentada risa dijo á Sancho, haciéndole tres profundas reverencias: entregad, señor, á doña Rodríguez vuestro asno, de que responderá siempre; pues le pertenece su depósito, como guarda alcaidesa de este castillo, y no debéis ser menos en esto que el famoso Lanzarote cuando de Bretaña vino, que damas cuidaban de él, y dueñas del su rocino, según nos lo canta la historia.

Yo os lo entrego, dueña y señora mía, respondió Sancho, y habiendo pasado de mano en mano, llegó hasta la de un palafranco, que ya de oficio se había entregado en los caballos del Bachiller y mayordomo, á quien el criado se lo condujo para que entrase con toda autoridad acompañando al nuevo consultor. Con esto el Bachiller vió que nada tenía que temer, asegurado en aquellas ceremonias tan serviles, autorizadas y lucientes.

Subieron el mayordomo, el Bachiller, los cuatro pajes, y doña Rodríguez, dando el brazo en la escalera á Sancho, cuya vista y paso ceremonioso es digno de dibujarse en papel de marca, y conduciéndose todos por unas galerías á un salón bien adornado de espejos, arañas, y primorosos reposteros con armas y blasones, dejaron allí al consultor, retirándose todos, menos el mayordomo que preguntó á Sancho quién era aquel criado que con él venía, cuya cercanía continua á su persona le hacía dudar del carácter con que le servía.

Sancho respondió: es mi secretario, hombre de toda confianza, hijo de mi pueblo, y muy servidor vuestro, cuyas expresiones repitió el mismo Bachiller haciendo una profunda cortesía al mayordomo, y ofreciendo su persona para cuanto quisiese mandarle. Yo, señor, os lo estimo muy mucho, dijo el mayordomo; y á la verdad no sabiendo yo tanta prevención como el señor consultor trae, le había elegido para este encargo un hijo de nuestro famosísimo médico el doctor don Pedro Recio de Tirteafuera, que sirvió á su señoría tan á su satisfacción en el gobierno de la Insula Barataria. Quedó como suspenso Sancho cuando tal oyó; pero recobrado volvió al mayordomo del duque, y le dijo: No quiero quitar una de las mejores costumbres que hay en el mundo, y es que recaigan en útil de los hijos los méritos de los padres, porque con esta seguridad sirven bien; y así no es justo que el hijo del doctor don Pedro Recio quede sin acomodo en mi familia: mirad vos, señor, el que queréis darle, que yo desde luego lo confirmo; pero este que he nombrado mi secretario y traigo conocido, no puede dejar de serlo: mas, si como los méritos de los padres suelen también heredar los hijos sus inclinaciones y costumbres, la que tenía el doctor Pedro Recio de Tirteafuera de contra decirme cuanto hablaba no era buena, y si ha recaído en su hijo, en verdad que es opuesta á buena crianza: tengo muy presente la porfía que tuvo de ser pésimas las perdices, atestiguando con el maldito aforismo de Hipócrates, siendo una cosa que ellos mismos usan, en desprecio del norte y luz de la medicina; pero dígame vuesa merced, ¿por qué el doctor Pedro Recio no ha aplicado á su hijo á su profesión, cuyo estilo debía observarse, porque ninguno enseñará mejor á los hijos que

el padre, y los secretos que cada uno en su oficio ó arte adquiere, á quién mejor los puede fiar que á su propio hijo, con cuyo estilo no se enterrarían con muchos como se experimenta, que no fian á los discípulos temerosos de que se valgan de ellos en perjuicio de quien se lo fió? No dice la historia que respondiese nada el mayordomo, y sí que pasada esta conversación se retiró, dejándolos solos en el cuarto, y previniendo le quedaba un paje de guardia, para que le pidiese lo que necesitase hasta el siguiente día, que de todo sería provisto, porque así el duque su señor lo había mandado, y que cuando gustase pidiese la cena, que el mismo paje le conduciría al cuarto donde tenía su cama, y la de su secretario, que iba á mandar se pudiese en el retrete inmediato de aquel mismo salón; y Sancho dió gracias al mayordomo por su cuidado.

En esto entró, sigue Benengeli, el paje de guardia con dos luces que puso sobre un bufete, y haciéndole cortesía dijo: Señor consultor del duque mi señor, yo estoy de guardia para asistir á V. S. con llamarme Juan Suelto, que así es mi nombre, hallará V. S. en mí un criado fiel y puntual en todo. Yo os lo estimo, Juanico, dijo Sancho, dándole dos golpecitos en el hombro, y pues estáis aquí para lo que se me ofrezca, ofrécesemè que quedéis aquí para que os mande lo que pueda ofrecerse. Obedezco, respondió el paje, pero si viene el mayordomo y no me halla en la antecámara, que es mi sitio, he de deber á V. S. le diga que así me lo ha mandado: está bien, dijo Sancho; mas quiero preguntaros, Juanico, pues sois de la casa, ¿qué significan estos figurones que están aquí bordados en estos paños encarnados y azules? Estos, señor, son los escudos de las armas de mis señores los duques que están se-

gún el orden de estados: los azules corresponden á la baronía de mi señor, y los encarnados á mi señora la duquesa, en quien ha recaído la casa. ¿Y vos sabéis qué quiere decir cada cosa de estas? preguntó Sancho. Señor, respondió el paje, algo entiendo, porque he oído hablar mucho de estas pinturas á un rey de armas, que viene algunas veces á verlos, y suele copiar estas figuras que dice va á poner á otros, que parece han de ser de esta familia. Pues si es así, decid, replicó Sancho, ¿este árbol con este perrazo atado qué es? Si mal no me acuerdo, dijo el paje, el árbol significa fortaleza, y el perro lealtad, y se lo dieron á esta casa por cierta hazaña que hizo un ascendiente de ella en tiempo del rey Recaredo I, según dijo el otro rey que los miraba.

Bachiller, dijo Sancho, ¿os acordáis dónde habéis visto lo mismo pintado, el perro atado al árbol? No por cierto, no me acuerdo, respondió el Bachiller. ¿No os acordáis, dijo Sancho, de aquel cuadro del hidalgo Cerra, que llevan á una capilla de la Iglesia el día de Finados y le encienden luces? Sí, sí señor, que ahora caigo en ello, y que el beneficiado se oponía á esta cosa como ridícula, respondió el Bachiller. A lo que dijo el paje: seguro es que el apellido Cerra no es de esta casa, y si aquella tiene perro, es menester ver si tiene como éste su rabo entero; porque si le falta, ya varía el blasón, y no es todo uno. Es preciso saber mucho para distinguir esto, y poner la escudería como debe ser; pocos saben en este particular, sino los reyes de armas, quienes por su oficio deben tener en él un pleno conocimiento.

Decid, hijo mío, dijo Sancho, ¿queréis explicarme uno por uno estos para que yo me imponga? Lo haré, señor, con mucho gusto hasta donde alcance; pero mañana entra de guardia un compañero mío,

que entiende esas cosas á fondo, porque es hijo de uno que vive de escribir los certificados que dan los reyes de armas, y está impuesto como él solo. Sin embargo, tomó el paje una caña de encender, y el Bachiller una vela, y fueron mirando lo que se señalaba por el paje, que empezó su explicación así:

Estos trofeos que contiene este escudo, son blasones de la casa Alvar-Garro de Vicuña su fundador, señor que fué de Pañades, Fuente la Mora, y otros territorios: es su cuartel en jefe las cinco hojas de higuera, primera cubierta de Adán, de quien desciende por baronía, que aunque hay otros que las usan también, no es por esta causa sino por haber hecho al pie de algún árbol de esta especie una ú otra hazaña, ó por habérselas dado por haber plantado alguno en sitio donde ejecutó algún hecho de armas, muerto algún valiente moro, ó por otras causas que no es posible su averiguación en ningún tiempo.

Aquel segundo cuartel que tiene un monte, y en su falda se mira aquella yerba como marchita, es del blasón bien conocido del valeroso campeón Rui Extreñor, primer vizconde de Santa Engracia y Pozo-Oscuro, que sirvió á don Sancho el I y expuso su vida al pie de aquel monte por coger aquella yerba para forraje de sus caballos: diéronle por armas el mismo monte y las yerbas en campo rojo, por la sangre que pudo derramar en esta empresa.

Este otro que tiene este león con el rabo sobre el lomo, es escudo sobresaliente de la casa de Extreñor, que usaba como su apellido, que era Extreñor Leonides, ó León en donde hay Lides, como dicen algunos que de esa casa escribieron: él usó también de un león en el pequeño escudo de batalla, por ser conocido por los Leonides; y aunque otros usan tam-

bién del león, es con la diferencia de no tener tan empinado el rabo, ni tampoco tanta lengua de fuera, respecto de haber sido esto concedido á sólo la casa de Extreñor Leonides.

Juanico, dijo Sancho, ¿qué historia es la que trae cuánto dices, que quisiera oírla, porque me tira la inclinación de estas fechorías, por haberme hallado en batallas, y al lado de uno de los más famosos y esforzados caballeros que las sustentaban? Señor, respondió el paje, estas historias sólo la tienen los reyes de armas; no están impresas porque no había imprenta cuando se hicieron, y ellos las guardan en su archivo de memoria, y las sacan cuando las necesitan.

Está bien, dijo Sancho, dejemos esto, y decid á fuera que quiero cenar y dormir, porque he madrugado estos días, y en el presente he comido poco. Salió el paje con el recado, é inmediatamente entraron cuatro sirvientes con lo necesario, y pusieron una mesa redonda con cuatro cubiertos; y á poco entraron doña Rodríguez y el mayordomo, quien lo había así dispuesto: pusieronse á cenar, y Sancho se halló más que embarazado con el tenedor, instrumento maldito (como dice Benengeli) que manifiesta en su uso la crianza que ha tenido quien lo maneja: el Bachiller parece se daba mejor maña, y todo lo notaba el mayordomo: sin duda, dice Benengeli, que el estudio en artes ó facultades debe de ser útil para este manejo; pero no tiene Cide presente, que hay escritor extranjero que puso su nombre en cifra en una obra utilísima que tituló en su idioma: »Uso del tenedor con cuchillo, y sin él, para el lucimiento de todo hombre de la corte;» y que se halla traducida, aunque andan muy pocos ejemplares de la una y de la otra impresión, por haber sido escasa,

y sacádose del Reino para los de Africa, donde es apreciable por la mucha manía que tienen los mahometanos de comer con él.

El mayordomo lo reía todo interiormente, á lo cual dan lugar los que se sientan á comer en mesas córtisanas, como si lo hiciesen en las pastoriles; y como llevaba la voz, pidió á un criado un vaso de vino, que inmediatamente le presentó con su salvilla pequeña, toalla al hombro, y demás que manda la ordenanza en este caso, y levantándose, y volviéndose á sentar, dijo: Señores, por la salud de los duques nuestros amos. Sancho y el Bachiller no impuestos en las ceremonias, ó porque el mayordomo estaba sentado, no dejaron de comer, y se estuvieron quietos; pero la dueña doña Rodríguez, al parecer más culta en este rito, se levantó, dejó de comer, inclinó la cabeza, y estuvo así hasta que el mayordomo depositó la víctima en su cuerpo, en lo que tardó algo por haber sido crecida porción, y ser ceremonia precisa consumirla íntegra; y aun en muchas mesas acostumbran tirar el vaso, como en señal de que no debe servir más quien tuvo el honor de ser depósito de una cosa que sirvió á tanta ceremonia.

Aquí Benengeli, hombre ingenuo, y nada instruído en estos ceremoniales, dice: ¡Oh, borracheras con pretexto de saludes! ¿qué obsequio, ó qué sacrificio es para quien se brinda, el que otro beba vino ó agua? ¿de dónde provendrá este tan raro estilo? Yo creo que la tal ceremonia tiene origen de los primeros ismaelitas, que por ceremonia de la ley se juntaban en determinados tiempos del año, siendo el primero en la luna menguante del mes en que brotan los árboles, y puestos en un campo que de un tiempo á otro se señalaba, se pasaba revista de la fami-

lia y descendencia de su varón principal: allí renovaban la alianza, que por ley debía haber, y el que hacía cabeza notaba el aumento, ó disminución de la familia; y si acaso alguno no concurría por enfermo, lo advertía al presidente de la asamblea, el que en señal de aprecio, y de que vivía, brindaba y correspondía el inmediato, como dando las gracias por su buena voluntad y memoria; pero esto á la verdad nada tiene que ver con las mesas diarias donde hay este estilo tan sin fundamento.

Tristísimo estaba Sancho en la mesa, tal vez confuso de ver en ella tanta magnificencia, cuando la que dejaba no tenía sino escaseces, ó acaso sería por acordarse de su casa y familia; pero el mayordomo que lo advirtió, hizo señas á doña Rodríguez, que estaba prevenida, para según ellas, mover conversaciones que sirviesen después para diversión de sus amos; y como las dueñas entienden este alfabeto en todas partes, habló á Sancho diciendo: Creo, señor Sancho, según veo, que la tristeza de V. S. tiene, y nos manifiesta su silencio, es sin duda porque echa menos la compañía de mi señora *madama Panza* su esposa, que podrá ser se halle á esta hora durmiendo á pierna suelta. Señora mía, dijo Sancho, ¿por qué vuesa merced trata á Teresa mi mujer como si fuera francesa, cuando es manchega, mujer de tomo y lomo, y muy hacendosa en su casa? Si ella lo oyera, yo aseguro á vuesa merced que ya la tendríamos buena, porque sé que tendría á ofensa, el que se la tratase de *madama*.

Haría muy mal su señoría, dijo doña Rodríguez, porque es estilo *madamear* con el nombre del marido á todas las mujeres, no digo yo de la clase y estado presente de mi señora doña Teresa, sino aun de muy distintas circunstancias: basta sólo estar

destinados en cualquiera empleo público, para que se les *madamee* sin reparo: el cocinero de casa por esta causa, oye sin que se ofenda, que se llame á su mujer, que casi es sexagenaria, *madama Pringót* porque él se dice *monsieur Pringót de la Rúa*, y fué hostelero, que como empleo público tiene estos gajes.

Mal estoy, dijo Sancho, con estas distinciones y estilos, la madamería caería bien en las mujeres de superior clase; pero en una batera, cocinera, y otras así, me parece impropio y mal estilo: ya veo que en esto de tratar las gentes hay también modas: á mí me dan por moda señoría, y yo la recibo porque es moda admitirla quien no la tiene, como he oído decir muchas veces, y que es preciso seguir la moda, para no ser despreciado por los que se llaman hombres de Corte.

V. S. es V. S. dijo doña Rodríguez, y quien á V. S. no dijese V. S. no sabrá cuál es V. S. derecha, á más que los amos nuestros, los señores duques, lo tienen mandado así en su casa, y cada uno en ella manda lo que quiere, estilo común en todas partes.

En estas pláticas se concluyó la cena, según el diario que el mayordomo llevaba para los duques de lo que ocurría, y habiéndose retirado todos para que pasase Sancho, y su convecino y secretario Sansón Carrasco á descansar y dormir, fué alumbrado por un paje, que condujo á su dormitorio las dos luces que llevaba, donde parece durmió tan bellamente el electo consultor Sancho Panza.

A la mañana del siguiente día puso el mayordomo personalmente sobre uno de los bufetes que había en el dormitorio de Sancho un decente surtido de ropa blanca; y otras cosas para su adorno, que en nombre de los duques le presentó, y después de

haberle preguntado si había descansado, le leyó la siguiente carta, que acaba de recibir de los duques, respuesta de la del aviso de su llegada al castillo.

*A vos nuestro secretario de cámara, y mayordomo del gobierno de nuestra casa y de ese castillo: Los graves negocios que han ocurrido con motivo de la residencia y visita de mis pueblos, no permite más descanso á nuestro consultor Sancho, y así dispondréis que luego luego se ponga en camino para este nuestro palacio, á fin de que tomando en él con las debidas ceremonias la investidura correspondiente, pueda empezar á servirnos; y me daréis aviso de la hora en que sale. = El Duque.*

Leída la carta, dijo Sancho: Señor secretario mayordomo, yo no tengo otra voluntad que la de SS. AA. á quienes tanto debo: en vos está el disponer la marcha cuando gustaseis, porque ya deseo verme á los pies de sus grandezas, y desde ellos oír lo que me mandan para obedecerlos. Así se hará, respondió el mayordomo, y esta tarde, después de comer, pues está tan cerca, haremos el camino.

Con efecto, habiendo comido Sancho con los mismos que cenó, en cuya mesa nada parece que hubo que se notase (sino que distraído Sancho se levantó de ella con la servilleta puesta, y estuvo con ella un gran rato hasta que doña Rodríguez se la quitó, diciéndole, ya está demás este barbero, señor consultor) se dispuso la cabalgata más ostentosa y lucida que vieron los campos manchegos, según lo dicen sus anales.

Iba Sancho sobre el rucio aderezado y compuesto por mano de doña Rodríguez, que lo llenó de cintas y borlones, y á más le puso en la frente una punta que dicen es contra el mal de ojo. Seguía el mayordomo del duque en un famoso caballo, con rico

aderezo, y otro de mano que conducía un palafrenero. El Bachiller oprimía los lomos del suyo, pero sin otro adorno que el que había traído de su pueblo. Detrás iba el convoy compuesto de cuatro acémilas, que conducían algunas cosas desde el castillo al palacio, y tal vez llevarían algunas prevenciones para la función de la jura, y posesión de la plaza, porque como iban tapadas con reposteros, y bajo de ellos baúles, grandes líos, no era fácil averiguar su contenido; y para el cuidado de éstas, y demás cabalgaduras iban cuatro mozos de cuadra con sus libreas, de modo, que hacían una vistosa marcha, y más que autorizada comitiva.

No pudo contener las lágrimas doña Rodríguez cuando al pie de la escalera entregó á Sancho su jumento, y en cuyo sitio lo recibió á su llegada, y despidiéndose de él con más que evidentes señales de cariño, sacó de su seno unos hermosos y cristalinos anteojos que usaba en los días de lucimiento público, y poniéndolos en las manos de Sancho, dijo: Admitid, señor, esta señal de mi memoria, que pues ya con la vuestra cuanto mis ojos miraren serán fantasmas y vestiglos, ¿para qué quiero yo ya estos cristales? tomadlos, y mirad con ellos sin sospecha alguna, que como han sido de una desgraciada dueña, sólo os manifestarán desengaños, y nunca os harán ver otra cosa: usadlos, porque en vuestro oficio se necesitan, porque suelen perturbarse las vistas muchas veces: acordaos de mí para mandarme, y tener presente no mi edad, ni mis achaques, sino que también las dueñas aman á quien quieren; id con Dios, y pedidle sosiegue mi corazón de tanta pena; y si oyeseis decir que doña Rodríguez murió, no preguntéis la causa; y apartándose sin poder decir más, porque el mayordomo lo llamaba viendo su

tardanza, llegó ayudado el asno de un aguijón con que lo animaba un mozo de los cuatro, y se incorporó con los demás caminantes que marchaban al Palacio-Castillo de los duques, adonde en una mula de buen paso había despachado un mozo el secretario con aviso de que había de dormir en él aquella noche el consultor Sancho.